

Guía de Formación de Educadores Marianistas



CLAMARED

Guía de Formación de Educadores Marianistas

Dimensión técnico pedagógica

La educación es el aprendizaje intencionalmente dirigido a una meta. La enseñanza, centrada en el alumno, requiere de un educador que diseñe entornos y procesos favorables para desarrollar un aprendizaje significativo. En el ideario del Proyecto Educativo Marianista, **en el profesor recae la tarea principal y más cercana de acompañar el proceso de formación y aprendizaje de cada estudiante, siendo los primeros responsables de la calidad de los procesos pedagógicos.**

La presencia de un educador íntegro, generoso, creativo y respetuoso es el elemento primordial para el éxito del proceso pedagógico. Un educador inspirador es capaz de crear las condiciones para encontrar el sentido, formar el criterio y, a través de un currículum coherente, propiciar la aprehensión de los valores fundamentales para la vida. Un educador que da testimonio con su ejemplo, ilumina, señala horizontes, genera ambientes para el aprendizaje, sugiere caminos, transmite principios. Un educador para el acompañamiento: está junto a los estudiantes, orienta, entusiasma, cuestiona y motiva.

El educador no solamente presenta ciertos contenidos sino muestra cómo él mismo se ha apropiado del conocimiento y cómo se posiciona frente a las cuestiones del bien, de la belleza y de la verdad. En esa apropiación, no exenta de errores y contradicciones, se asienta que sus palabras sean signos de la ciencia, de lo inteligible, de la realidad. El educador presenta la realidad en tanto que él/ella la ha estudiado, la comprende y la entiende en su plenitud. Las palabras del educador marianista buscan suscitar interrogantes, inquietudes, curiosidad, para que la educación se convierta de este modo en un auténtico diálogo.

Como las palabras capaces de con-mover se encuentran en quien las ha concebido primero en su interior, el educador habla haciendo de sus palabras una comunicación de vida, de cómo ha internalizado inteligiblemente la realidad y ha hecho suyo el conocimiento, de lo que significa la vida para él. Palabras así, manifestativas de la realidad y enraizadas en su vida personal, serán capaces de ser auténticamente educativas y aun generadoras de amistad.

El educador marianista asume el enfoque de la educación integral para todas las dimensiones de la persona (CEM 27). Hemos de educar integralmente, para que los estudiantes conozcan a partir de aprendizajes que toquen la mente, los afectos, las emociones, las relaciones con otros para entender la realidad y poder convivir. Como dijo el Papa Francisco: *“Hay tres lenguajes: el lenguaje de la cabeza, el lenguaje del corazón y el lenguaje de las manos. La educación debe moverse en estos tres caminos. Enseñar a pensar, ayudar a sentir bien y acompañar en el hacer, o sea, que los tres lenguajes estén en armonía, que el niño, el muchacho, piense y sienta lo que hace, sienta lo que piensa y hace, y haga lo que piense y siente”*.

La dimensión espiritual es un constituyente fundamental de los seres humanos, incide en la calidad de cada persona, optimiza sus facultades y favorece vínculos sanos. El desarrollo de la inteligencia espiritual de los estudiantes es prioritario para la educación marianista porque estimula a interrogarse sobre el sentido de la vida, permite tomar distancia de la realidad para contemplarla, favorece la admiración y el asombro frente a todo lo creado y garantiza una presencia plena y una existencia vivida con intensidad y atención. Por ello, la educación de la interioridad es una de las notas características de sus propuestas: el desarrollo en los estudiantes de hábitos de silencio y de reflexión, autoconocimiento, pensamiento crítico y discernimiento en los estudiantes (CEM 30).

El educador marianista se interesa por cada estudiante y manifiesta confianza en las posibilidades de todos sus alumnos. Asume una clara filosofía de la educación que le permite justificar sus metas educativas. Asienta sus bases en la tradición educativa humanista, cristiana y marianista, en particular la ecología integral, la formación para la ciudadanía global (CEM 46 y 48) y el diálogo entre la cultura y la fe (CEM 22).

Desde esta concepción educativa y de la propia figura del docente, se espera que los educadores sean profesionales competentes en lo que enseñan, en los saberes disciplinares y pedagógicos, preocupados de su formación permanente y conocimiento pedagógico y didáctico actualizado, que se desafíen permanentemente a las innovaciones metodológicas y a los nuevos enfoques educativos que surgen al cambiar la realidad. Un

educador marianista procura desarrollar, a lo largo de toda su trayectoria, las siguientes habilidades técnicas:

1. Dominio y manejo de conceptos técnico pedagógicos básicos: currículum, objetivos de aprendizaje, evaluación, teorías de aprendizaje. Tiene una idea clara del funcionamiento de la inteligencia. Demuestra poseer conocimientos de la disciplina que imparte, especialmente de su estructura conceptual profunda. Entiende al currículum como el primer vehículo para enseñar y aprender y busca dotarlo de coherencia y de buena secuenciación (CEM 27), sabe distinguir en él lo fundamental y lo accesorio, sabe priorizar contenidos.
2. Tiene capacidad para organizar y animar situaciones de aprendizaje. Es capaz de motivar, hacer comprender la importancia, la utilidad de los conocimientos que imparte, vinculándolos de una u otra forma con la vida cotidiana y la historia de los estudiantes. Conoce y pone en ejecución diversas estrategias didácticas y metodológicas para el proceso de enseñanza aprendizaje, como el pensamiento visible, aprendizaje colaborativo, aprendizaje basado en proyectos, entre otras. En especial, busca adaptar los estilos de enseñanza y las metodologías a las necesidades y capacidades de los estudiantes (CEM 29)
3. Manejo eficaz de herramientas tecnológicas aplicadas a la educación, conocimiento de softwares educativos e insumos para la elaboración de material didáctico virtual. Trabajo en plataformas digitales.
4. Promoción de la dimensión espiritual y la interioridad en los jóvenes, a través del diseño de metodologías y alianzas que motiven a los jóvenes a acrecentar su capacidad para conocerse y desarrollarse en plenitud.
5. Capacidad para la comunicación con los estudiantes y con sus familias.
6. Capacidad para enfrentarse a los conflictos y a los dilemas éticos de la profesión.
7. Trabajar colaborativamente con sus colegas para mirar el aprendizaje de manera transversal, interdisciplinaria para fomentar el aprendizaje significativo.
8. Alta capacidad de innovación y creatividad para diseñar espacios de aprendizaje en tiempos de cambio cultural. Afán por aprender continuamente

Dimensión antropológica

La antropología nos ayuda a comprender nuestra visión de la persona humana y su relación con el mundo. En ella sustentamos las grandes finalidades de la educación y la base de nuestras propuestas pedagógicas. Por ella nos acercamos a grandes interrogantes sobre las cuestiones más fundamentales de la vida:

- ¿Qué es el ser humano, el hombre y la mujer?
- ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Por qué la inequidad, el abuso, la dificultad para convivir cuando lo necesitamos existencialmente?
- ¿Qué valor tienen los logros y los éxitos?
- ¿Qué es y cómo se alcanza la felicidad?
- ¿Cuál es la raíz de nuestras permanentes búsquedas e insatisfacciones?
- ¿Qué puede dar cada ser humano a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella?
- ¿Qué hay después de esta vida temporal?

Estamos persuadidos que *“la educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza”* (LS’215). Los marianistas creemos que toda persona ha sido creada a imagen y semejanza de Dios y que es básicamente buena; que vale por sí misma, más allá de sus trabajos o sus logros; que está dotada de inteligencia y de libertad; que está llamada a crecer en humanidad a través del amor y el servicio (cf. CEM 5). A partir de esta premisa, la pedagogía marianista entiende que el ser humano está constituido por cuatro dimensiones profundamente entrelazadas:

☯ *Un ser en sí mismo: persona es el ser que dice yo, que posee su yo, donde nace la vocación personal, original y orientadora. Cada persona no es solamente algo, sino alguien, capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas (Cf. LS'65).*

“Lo interior es lo esencial” y da sentido, profundidad, inspiración y espíritu. Pero no es lo único: anima lo exterior. Lo exterior da forma, expresión y concreción a lo interior. La construcción de la subjetividad y la conciencia de su integralidad y unidad son indispensables para la identidad de cada persona.

Hacerse persona supone desarrollar nuestras capacidades. “La capacidad de reflexión, argumentación, creatividad, interpretación, elaboración artística y otras capacidades inéditas muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico” (LS'81).

El ser humano se hace persona en contacto con la verdad, la belleza y el bien y asimilándolos responsablemente. Ser persona es optar y proponer la verdad, la belleza y la bondad. No hay antropología sin ética, sin arte y sin saber. Todo ello cimentado en el amor y definido por el amor. El ser humano está hecho para amar y ser amado.

No desconocemos los desafíos que la ética debe afrontar en este cambio de época. Nuevos temas, problemas y situaciones hoy se han levantado y requieren un discernimiento profundo, desde una conciencia personal bien formada. Citamos algunos: el inicio y el fin de la vida humana, las técnicas de fecundación asistida, la ingeniería genética, temas que tienen que ver con la ecología, la manipulación de los animales y vegetales con fines alimenticios para el ser humano, etc. El educador no puede ser especialista en todos estos temas, pero no puede desconocer los grandes principios de la bioética.

La persona es proyecto. Su vida tiene sentido en la medida en que es capaz de fijarse una meta valiosa y hacer un camino para alcanzarla: a esa tarea los marianistas la llamamos “encontrar un sentido para sus vidas” (CEM, 21). El ser humano tiene sed de plenitud y de vida, de verdad y de belleza, de felicidad y de infinito. Precisa aprender, crecer, buscar la excelencia, comunicar vida, multiplicarla.

La persona humana no es solo un problema a descifrar. Es un misterio que nos deja con signos de admiración y de interrogación. Cuando es consciente de sí mismo y de sus posibilidades, la persona humana procura:

- Vivir en armonía consigo mismo y con su entorno
- Aceptar y reconocer sus propias limitaciones. Ser consciente de su fragilidad
- Tener una actitud discipular, de receptividad y de humildad.
- Vivir libre y responsablemente
- Cuidar el propio cuerpo y mostrar interés por una vida saludable
- Tener un sano dominio de su sexualidad y de su mundo afectivo.
- Desarrollar e integrar sus emociones
- Desarrollar su sensibilidad
- Manifestar alegría
- Desarrollar su sentido crítico y su conciencia moral
- Esforzarse y sacrificarse por aquello que vale la pena
- Tener palabra y ser fiel a ella y a los compromisos asumidos.

☯ *Un ser por, para y con los demás: no sólo es comunicable, es comunicación y comunión, busca comunidad.*

La persona humana es relación, comunicación, diálogo, intercambio, interacción. En una palabra, es encuentro y comunión. La persona humana no sólo tiene relaciones, sino que es relación, se hace con las relaciones que

se producen en un encuentro.

Al relacionarse, cada uno se transforma en persona humana, adquiere identidad personal, crece y se desarrolla. Nadie existe como persona si no entra en comunión. Existir para el ser humano es existir “con”: con los otros, consigo mismo, con las cosas.

Por ello, la persona está llamada a:

- Ser respetuosa con todos
- Ponerse en el lugar del otro: ser empáticos.
- Estar abierto al encuentro
- Trabajar e interactuar con sus semejantes
- Ser sociable y cariñoso en sus relaciones personales
- Ser compasivo
- Ser agente de paz y concordia en los lugares que habita
- Aceptar de buen grado la diversidad
- Compartir su vida con gestos concretos
- Comprometerse en favor de la dignidad humana y de una sociedad más solidaria (cf CEM 40)
- Manifestar sensibilidad ante toda forma de deshumanización e injusticia

En relación con el vínculo que establecemos con los demás, pero en profunda relación con el apartado anterior, se encuentra la cuestión de la sexualidad: la identidad sexual y la orientación sexual. Sabemos que la sexualidad es una fuerza que nos saca de nosotros mismos y nos impulsa al encuentro con los demás. Y para nosotros nunca puede estar dissociada de la afectividad y el amor. Pero hoy sobre esta cuestión tan íntima y a la vez fundamental para nuestro desarrollo humano se han levantado múltiples interrogantes. Comenzando por la cuestión del “género”. El debate es muy hondo. ¿Se trata de una “ideología” o tiene un fundamento científico y filosófico? El género, con todo lo que ello supone, ¿es una elección personal o nos viene dado por la biología? Lo cierto es que hoy se habla de múltiples identidades sexuales y de múltiples orientaciones. Dentro de este panorama el docente debe tener claro los grandes principios que ayuden a los educandos a desarrollar y consolidar su propia identidad personal.

Un ser en el mundo: alguien ante y frente a la Creación y a las cosas.

“Decir creación es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado” (LS’76). Por ello, la persona se siente convocada a:

- Preocuparse por el deterioro ecológico integral de nuestra Casa Común
- Asumir un estilo de vida sobrio y austero
- Evitar el consumo en exceso
- Comprometerse para construir un mundo más humano y más justo
- Mantenerse arraigada a la Historia y evitar evasiones e indiferencias
- Defender la justicia y los derechos humanos.

Un ser por y para Dios: interiorización y trascendencia.

Salmo 8,5: *“Qué es la persona humana para que te acuerdes de ella, el hijo de Adán para que de él te cuides”*

La realidad humana tiene una doble cara: la de la naturaleza y la de la gracia, que es puro don. Somos relato de Dios. Nos ha formado a su imagen y semejanza y por ello *“todos, hombres y mujeres, poseen la completa dignidad de personas humanas y están llamados a vivir en paz, respetando los derechos y responsabilidades de los demás”* (CEM, 42).

Cuando la persona se aleja de Dios, “se deforma”, pierde la forma que Dios le había dado, se desgarran interiormente, se incapacita para la comunión. La persona es toda indignidad, necesita redención. Por la acción de Cristo, el Señor, el ser humano recupera la forma perdida, es maravillosamente redimido.

El misterio de la Encarnación, el hacerse hombre de Jesús, es central en nuestra espiritualidad. La persona humana es una *crisofanía*. Sólo en Cristo se revela la verdadera grandeza de la persona humana sólo en Él es plenamente conocida su realidad más íntima. Jesús es el paradigma de toda persona.

El ser humano es vulnerable, frágil, finito. Los acontecimientos históricos nos han enseñado que, por más adelantos tecnológicos y científicos que la humanidad alcance, el ser humano no puede ser un superhombre o convertirse en dios. Cada persona está invitada a abrirse a lo trascendente, a lo que está más allá de lo visible, racional y comprobable. Cuando lo hace, muestra una actitud esperanzada frente a la existencia y busca a Dios en su vida cotidiana.

El desarrollo armónico e integrado de estas cuatro dimensiones permite soñar con una persona humana que sea:

- *Compasiva*, que sienta con los demás y ello le lleve a compartir con las otras personas. Con un sentido de fraternidad bien arraigado y cimentado.
- *Compañera*, que sepa andar junto con los demás y se deje acompañar por los demás. Persona que cultiva la amistad, va con los otros, acompaña. Persona para los demás.
- *Creyente*, que reconoce y cultiva la relación íntima con Dios, llevando la fe a su vida cotidiana siendo hermano, servidor y evangelizador.
- *Comprometida*, fiel a lo que promete y con lo que y con los que se compromete. Cumple su tarea con mucha generosidad y procura servir a la sociedad de la mejor manera posible.
- *Ciudadana/o* responsable ante los derechos que tiene y también ante los deberes. Preocupado por el bien común. Abierto a la realidad mundial y local, dispuesto a quererla, valorarla, cuidarla, defenderla y mejorarla.
- *Competente*, capaz de actuar con eficiencia y alcanzar los objetivos y metas que se propone una comunidad, mostrando profundidad y decisión.

Dimensión cultural

Cultura son las artes, las letras y distintas formas de patrimonio, pero también el conjunto de expresiones que moldean una sociedad. UNESCO define la cultura, en términos generales, como la manera de vivir juntos. De esta forma, la definición integra los modos concretos en que se organiza la convivencia entre las personas como las imágenes e ideas mediante las cuales la sociedad representa las formas en que convive y quiere convivir. La cultura es pues la práctica y el imaginario de la vida en común. (Informe PNUD, 2002)

Vivimos un tiempo de profundo cambio cultural. Asistimos a nuevas formas de organización social, de producción y distribución de conocimientos, de marcos culturales, económicos y políticos que cuestionan conceptos como soberanía, democracia, partidos políticos, representatividad, participación. Combinaciones novedosas de ciencia y tecnología desafían todos los modelos y las posiciones éticas, religiosas, filosóficas, antropológicas, políticas, sociales e históricas.

En este proceso desempeñan un papel central los fenómenos de globalización de la sociedad e individualización de las personas, la centralidad del mercado y de las nuevas tecnologías. Los cambios culturales crean oportunidades, pero también dificultades para la convivencia cotidiana y la educación. En la era digital resulta urgente aprender a discernir: hacerse preguntas, escuchar y escucharse, contemplar, reflexionar, recuperar “el

sentido de la totalidad, de las relaciones que existen entre todas las cosas” (LS, 110).

El paradigma emergente de la **complejidad** supone una ruptura con el determinismo, la fragmentación de los saberes, la linealidad del pensamiento y aproximaciones interdisciplinarias y transdisciplinarias a la realidad, al conocimiento y al abordaje de los problemas, muchos de ellos novedosos. Está naciendo, probablemente, una nueva epistemología.

Es necesario promover un conocimiento capaz de captar los problemas globales y fundamentales para inscribir en ellos los conocimientos parciales y locales (Morin). La supremacía de un conocimiento fragmentado según disciplinas toma a menudo imposible operar el lazo entre las partes y las totalidades y debe ceder su lugar a un modo de conocimiento capaz de captar sus objetos en sus contextos, en sus complejos, en sus conjuntos. Es preciso desarrollar la aptitud natural del espíritu humano a situar todas sus informaciones en un contexto y en un conjunto. Es necesario enseñar métodos que permitan captar la relaciones mutuas e influencia recíprocas entre partes. A partir del pensamiento complejo encontramos la posibilidad de, a la vez, unir y separar al ser humano de la naturaleza y del cosmos, de poder restablecer el diálogo entre las dos culturas, científica y humanista, situamos en el universo donde lo local y lo global están vinculados.

En la formación de los docentes en los temas culturales de este tiempo de cambio aparecen como imprescindibles:

Fe y cultura: comprender las relaciones que se establecen entre la fe y la cultura, en un contexto de crisis de la Iglesia, de cambio y diversidad cultural. Saber analizar los signos de los tiempos y mostrar una actitud proactiva –en lugar de reactiva- para dar respuesta a sus demandas y desafíos. Particularmente frente al creciente imperio de la “*posverdad*”: las emociones y creencias personales importan más que los hechos objetivos. Menospreciada la verdad, su lugar lo ocupa la exacerbación de sentimientos, la utilización de falacias como recursos argumentativos y la desarticulación de las narrativas.

Globalización: entender el mundo y el funcionamiento de la sociedad como una red, basada en la revolución tecnológica, dinámica, y sin trabas en el acceso a la información. En la sociedad red las antiguas relaciones de poder cambian, ya el poder no lo denota quién tiene acceso al capital sino quién tiene acceso a la información (M. Castells). La globalización posibilita un encuentro cultural diverso, donde los sistemas se intersectan e interpenetran provocando una verdadera “*hibridación cultural*”, cuya expresión en la religión, la música, las artes en general generan nuevas realidades. (N. García Caclini)

La globalización tiene luces y sombras. Es una oportunidad para consolidar la fraternidad humana, pero en su versión neoliberal es opresora, donde dominan los más fuertes y que no ofrece oportunidades para todos.

Los educadores y las comunidades educativas marianistas no pueden presentarse como “*neutrales*” porque en cuestiones sociales, políticas y educativas la neutralidad es imposible. Enraizada en una Familia carismática de carácter global, la educación marianista asume posiciones y compromisos en defensa de la vida, la ecología integral, la búsqueda de sociedades más integradas y equitativas, la educación integral de calidad para todos.

Proponemos una globalización desde la solidaridad. Entendemos que la solidaridad surge de la fraternidad a la que estamos llamados todos los seres humanos cuando tenemos “*la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida*” (LS, 202), alejadas de la lógica de la dominación, del consumo depredador, del no respeto a la vida. La fraternidad nos humaniza, ayuda a la relación entre las diferentes generaciones, extiende la esperanza, crea conciencia de la responsabilidad del cuidado y apunta hacia un desarrollo integral y sustentable de las personas y los pueblos.

Familias e Identidades juveniles: conocer quiénes son los jóvenes, cómo se ven a sí mismos, qué valores y motivaciones los mueven, cómo entienden la participación en la sociedad, cuáles son sus metas y sueños, quiénes son sus referentes, qué lugar ocupan en sus familias. Además, en una época de desarraigo, de pérdida de referencias ideológicas y de vinculaciones con las raíces, las tradiciones, el pasado, en general desvalorizados, conocerlos y propiciar el encuentro intergeneracional resulta decisivo para el futuro.

Perspectiva de género: como categoría analítica que reúne las metodologías destinadas al estudio de las

construcciones sociales y culturales que definen lo femenino y lo masculino, Feminismo, Patriarcado.

Digitalización y Redes Sociales: la digitalización de la socialización humana y las relaciones sociales desarrolladas en espacios virtuales. Emociones y sentimientos en la era digital.

Ciudadanía Global e inclusión: A pesar de que el mundo está cada vez más interconectado, la paz y el desarrollo sostenible siguen estando amenazados por las violaciones de los derechos humanos, las desigualdades y la pobreza. La Educación para la Ciudadanía Mundial (ECM) es la respuesta de la UNESCO a este reto, poniendo a disposición de los estudiantes los medios para reflexionar acerca de estos desafíos mundiales, tanto local como globalmente, y para que se vuelvan constructores de un mundo más pacífico, tolerante, seguro y sostenible.

La educación marianista quiere formar ciudadanos conscientes de la realidad y críticos con las situaciones de injusticia, marginación, concentración de la riqueza en pocas manos, olvido del bien común. En oposición al paradigma del poder, asumimos el paradigma del cuidado como ordenador para la educación y la vida. El cuidado es una responsabilidad compartida, de unos con otros, y supone: el autocuidado, el cuidado del espíritu, el cuidado de cercanos y de extraños, el cuidado del medio ambiente.

Cultura del consumo: Vivimos en una era caracterizada por la **aceleración**, motivada por la necesidad, casi obligatoria, de “aprovechar las oportunidades”. Desde hace varias décadas la expansión del capitalismo como modelo global, centrado en el consumo desenfrenado y en el diseño de una cultura del “usar y tirar”, ha cambiado sustancialmente la forma de vida y la manera de relacionarnos socialmente y ha generado un daño ¿irreversible? al planeta.

Dimensión cristiana

La interioridad engloba a todo lo relativo a la psicología humana, a aquello que forma parte de nuestra forma de ser y de mirar al mundo, y que podemos descubrir, cultivar y, en cierta medida, intentar modificar. Podemos adentrarnos en nuestro interior para autodescubrirnos, autoconocernos y autoaceptarnos.

Es un descubrimiento, un movimiento interior donde cada persona descubre su propia esencia y su razón de existir. Se abre ante nosotros un camino de vida en abundancia, a pesar de que siga siendo vida con limitaciones. La persona tiene en su interior su verdadero manantial vital, su esencia debajo del ropaje social que vamos adoptando, el lugar de las capacidades más hondas y de los anhelos más profundos: *“Lo esencial es invisible a los ojos”*, de Saint Exúpery.

En ese camino, que es profundización hacia el propio centro personal y vital, la persona se encuentra con el núcleo más profundo, con el misterio más grande: Dios. Misterio sensible al corazón humano y más íntimo a nosotros que nosotros mismo y presente en el corazón de todas las cosas. Descubrimos que el manantial vital es el Señor y nos fundimos en él: nuestra espiritualidad se transforma en creyente...

Los cristianos damos un paso más, nuestra espiritualidad tiene un adjetivo que se transforma en sustantivo: es cristiana. Es decir, hemos encontrado en nuestro ser más hondo a un Dios que es Abbá, seguimos a la Persona que nos muestra la verdadera imagen de Dios (Jesucristo) y su proyecto (el Reino de Dios para todos), testimoniamos ese seguimiento con acciones y palabras, proclamamos la fe apostólica (Credo) y caminamos en y con la Iglesia.

El cristiano se esfuerza por descubrir el tesoro oculto a la mirada superficial: la presencia de Dios en nuestra vida y el rostro de Jesús en cada ser humano. Este tesoro es el que motiva y alimenta *la realidad de una fe personal y adulta como respuesta a la llamada que Dios hace a toda persona*. La confianza radical en el Padre desde la opción libre y madura es la correspondiente respuesta a la buena nueva y a la propuesta que nos trae Jesús.

Posibilitar esta fe, ofrecer cauces de un mayor acercamiento intelectual y vivencial, participar en una comunidad de seguidores de Jesús, contagiar esa vivencia real que se tiene son aspectos formativos básicos, pues *“la educación marianista tiende a sembrar, cultivar y hacer fecundo el espíritu cristiano en los hombres y mujeres”* (CEM 4).

Muchos hombres y mujeres de hoy han descubierto que el afán por producir y consumir, el éxito económico y el estatus social, no alcanzan para satisfacer sus necesidades más hondas. Hay sed de espiritualidad, pero no

siempre esa sed busca manantiales religiosos. Se busca sentido, pero más que en lo trascendente en aquello que nos dé bien-estar, relajación, comodidad. En muchos, parece obturada la dimensión trascendente: no hay “tiempo”, “ganas”, “deseos” de ver y de vivir más allá de lo inmediato.

Parece que estamos en una cultura “después de Dios”, que ha enviado a Dios “al exilio” o que lo invisibiliza en lo cotidiano. Por ello lo primero que los marianistas debemos reinstalar en muchas personas es la conciencia de que la “hipótesis Dios” es posible. Logrado, o al menos posibilitado este primer paso, concentrarnos “en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario” (EG, 35), resumiendo el anuncio kerigmático en tres grandes definiciones (Cf. Christus Vivit):

- “Dios te ama”.
- Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarte.
- “Él vive”. Aquel que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma, el que nos sana y nos consuela es Alguien que vive.

Como bien afirmaba Benedicto XVI, *“no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”* (DCE, 1). Una persona que *“destaca un dato fundamental: Dios es Padre”* (LS’, 96). Es a partir de experimentar este encuentro y esta filiación cuando la fe cristiana se arraiga y transforma la vida de cada persona.

Para ser consistente y apropiada en este contexto, esta fe se debe cimentar en algunos pilares:

- La experiencia de la presencia personal y comunitaria de Dios Padre en nuestra vida y en nuestro entorno. Descubrir su presencia a nuestro lado y los signos de la misma: alegría, paz, generosidad, fortaleza y bondad; celebrar esa presencia y escuchar su palabra y propuesta, mantener la relación con él en la oración, agradecer lo que somos, tenemos, hacemos y alabar por lo que vemos, hemos recibido, vivimos...
- La formación que contempla el conocimiento de los núcleos básicos de nuestra fe y que permite dar razón de nuestra esperanza y por supuesto de nuestro amor y entrega al servicio. Con un mensaje y una propuesta moral que manifieste *“siempre el bien deseable, la propuesta de vida, de madurez, de realización, de fecundidad, bajo cuya luz pueden comprenderse la denuncia de los males que pueden oscurecerla”* (EG, 168). En muchos casos, con una gran dosis de “deconstrucción” de imágenes y prácticas falsas o erróneas, causantes de muchos dolores, temores, fracasos personales y repulsiones frente a la fe.
- Una opción para colaborar con Dios en la construcción de su Reino; un compromiso que se puede concretar de diversas formas pero que por nada del mundo puede estar ausente. Con *“una mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario”*, sabiendo acompañar a nuestro prójimo (cf. EG, 169)
- Un estilo de vida que encarna los valores del evangelio, busca la coherencia del evangelio en el seguimiento de Jesús y está siempre abierto a la conversión al mismo Jesús.
- El desarrollo de una mirada mística y trascendente, de sentido último, sobre los propios saberes y sobre los métodos pedagógicos, que permita la elaboración de un renovado entramado pedagógico-pastoral, mediante el diálogo entre los saberes concretos (en este tiempo y en esta cultura) y la fe en Jesucristo
- La fidelidad a la práctica de la oración cotidiana, *“con características novedosas, más atractivas y significativas”* para las mujeres y los hombres de hoy (cf. EG, 73).
- El servicio generoso a los más pobres, porque en el más pequeño de nuestros hermanos nos encontramos con el Señor y porque son los pobres quienes nos evangelizan, nos anuncian la Buena Noticia de Dios.
- La pertenencia real en la comunidad de los seguidores de Jesús donde se comparten los elementos anteriores y se hace realidad de alguna manera el Reino de Dios. Comunidades de vida y de fe, donde todo esté iluminado por el encuentro (y reencuentro) con Jesús y nuestra permanente conversión hacia Él. Donde

esa pertenencia no implica renunciar a la diversidad, sino asumirla dentro de *“la comunión y la armonía”* que sabe tejer el Espíritu Santo (cf. EG, 117)

Dimensión Marianista

Los cristianos creemos que hay un solo Dios, un solo Señor, un solo Espíritu. Pero existen diferentes dones espirituales, diversos ministerios y diversidad de obras (Cf. 1 Cor, 12, 4 y ss). En el caso de los marianistas, nuestro Fundador, el padre Guillermo José Chaminade nos enseñó que la Virgen María ofrecía a nuestras vidas *“una razón para nuestra esperanza, un apoyo, una ayuda, una fuerza renovada”*. Junto con la madre Adela contribuyó a dar forma y a profundizar una forma de vivir la fe, inspirada en un carisma, un regalo del Espíritu Santo para acercarnos a Cristo y al Reino de Dios.

En la definición de ese determinado modo influye mucho María. Ella despierta el amor filial y fraterno que a veces duerme en nosotros, pero nos impulsa a colaborar con su misión. La espiritualidad marianista, que a su vez inspira y da sentido a la pedagogía marianista, es básicamente misionera y tiene tres dimensiones características:

- **Un espíritu mariano de fe:** María vivió la fe no simplemente como una aceptación intelectual, sino como una fe del corazón (cf. Rom 10), *“una fe que es parte de nuestra vida, se interioriza, se expresa y se refleja en la conducta personal”* (CEM, 11).

Por ello, los marianistas intentamos construir nuestra experiencia de fe no solamente como una doctrina, sino que procuramos que el encuentro decisivo con Jesús arraigue y le dé sentido a nuestras opciones vitales. El carisma marianista abreva siempre de una fuente, el Evangelio vivido en perspectiva histórica que, a su vez, orienta nuestro ser creyente como una realidad viva, dinámica, siempre en proceso y que brota de las enseñanzas y las acciones de los Fundadores y de todos los que encontraron inspiración en sus enseñanzas. De ahí que el misterio de la Encarnación se constituya en el centro de nuestra espiritualidad y marque nuestro modo de ser en el mundo y nuestra pedagogía.

- **La formación de comunidades:** la espiritualidad marianista procura que la misión común sea llevada adelante por comunidades de personas que trabajen juntas y traten de encarnar, naturalmente, un cristianismo vivo, el auténtico testimonio de un *“pueblo de santos”*.

La espiritualidad marianista procura suscitar un estilo de vida: el amor y la fraternidad comunitaria y universal. Con mediaciones específicas y diversas, y con una actitud básica: la disponibilidad para la misión. Intentamos vivir de manera fraterna, horizontal y servidora. Queremos ofrecer una alternativa de vida nueva a la Iglesia y a la humanidad, en consonancia con aquello de *“vayan y, de pie en el templo, cuenten al pueblo todo lo de esta vida nueva”* (Hc., 20).

Nuestras comunidades de vida y de fe se inspiran en María, en su talante de mujer, madre, joven, creyente y educadora de Jesús. Queremos mostrar un rostro eclesial que sea el de María: acogedor, hospitalario, contemplativo, humilde, solícito, festivo y con entrañas de misericordia.

- **Un profundo sentido de misión:** formados por María, de la misma manera que fue formado Jesús, los marianistas estamos invitados a asistirle en su misión de dar a su Hijo al mundo, revelarlo a todos los hombres y mujeres de todas las generaciones. Nuestra misión es la causa del Reino. Nuestra razón de ser es el espíritu misionero, anunciar la Buena Noticia a todos, colaborar en todo lo que humaniza, servir a los pobres, denunciar lo que deshumaniza, destruye y pone en peligro la dignidad de la persona humana y el futuro de la Casa Común.

En estas bases asienta la educación marianista su larga y fructífera tradición. Pero dicha tradición no es una caja cerrada y definitiva: nuevos paradigmas educativos emergen y, sin duda, inspiran, cuestionan y desafían, consciente o inconscientemente, explícita o implícitamente, nuestros procesos educativos. Nuestra tradición está viva porque es reserva de esperanza, una invitación constante a la reflexión y a la acción, siempre en procura de ofrecer una educación que sea relevante para los niños y jóvenes de hoy. *“La tradición no es la adoración de las cenizas, sino la preservación del fuego”* (Gustav Mahler).

Muchas de las inspiraciones originales de la educación marianista mantienen su poder inspirador y deben ser re-leídos en los contextos actuales. Vivimos un momento propicio para fluidos diálogos entre nuestra tradición educativa y las tendencias teóricas de la educación actual. El discernimiento es el proceso que permite iluminar el presente con las intuiciones y valores originales de nuestra tradición, el puente que permite enlazar nuestras propuestas educativas con las necesidades de los estudiantes de hoy.

En estos tiempos, somos conscientes que nuestra espiritualidad tiene que vivirse dentro de una Familia carismática. Todo auténtico carisma crea Familia y así el carisma es vivido, enriquecido y compartido por religiosos, religiosas, consagrados y laicos. Es importante dar a conocer las diversas modalidades que existen de colaboración, participación, corresponsabilidad e integración. En esta vivencia profunda del amor fraterno se encuentra la plataforma para un genuino espíritu de familia y una auténtica vida y misión compartida. Queremos que la experiencia de Familia se encarne cotidianamente en espacios, caminos y opciones concretas.

Para ello es importante desarrollar un conocimiento, pero sobre todo una sintonía con la obra educativa marianista en el momento actual y a nivel global. Todo esto incluye ofrecer información y comunicación de todo lo que se vive y acontece en la Familia Marianista (del país, de la región y del mundo), el estudio de los proyectos que la movilizan, el conocimiento de su historia, el acceso a los documentos clave, la apertura a la diversidad y la asunción de las realidades y aspiraciones que animan a la Familia Marianista y, en particular, a la educación marianista en nuestros días.



Guía de formación de Educadores Marianistas
2021